

en flor me sepultaban en un lecho de misterio y de aromas, é inclinaban sobre mí sus cortinas de oscura sombra, volvía á fijar la vista y el corazon en la lectura. Daba siempre la preferencia á algun poeta de simpático acento que revela al espíritu lo que presiente el corazon; hombres predestinados, misteriosas vidas, cuyos sentimientos brotan trasformados en melodías; que nos agrada llevar con nosotros á los bosques como agrada oír un eco que responde á nuestras voces: ó bien era mi libro alguna conmovedora historia de amor y desventura, triste y dura de creer; Virginia arrebatada á su hermano, emprendiendo su desastroso viaje, y el mar arrojándola muerta al corazon que con afan la espera! Yo regaba aquella historia con mis lágrimas, dejando su huella impresa en el libro, y cerraba los ojos y me escuchaba vivir; sentía que por mi seno subía como una oleada de sensaciones dulces, enérgicas, tristes, amorosas y amargas, de imágenes de la vida y de vagos pensamientos indolentemente mecidos en las olas de mi alma, dulces fantasmas de amor de que yo era creador, dramas misteriosos en los que yo era actor; luégo, todos esos dramas concebidos y desempeñados en mi cabeza, se confundían, se mezclaban y se borraban mutuamente como esas brumas que suceden á las tempestades; mis ideas, hinchadas como procelosa ola, se aplanaban; secábanse mis lágrimas en el borde de los párpados, mi alma trasparente absorbía

la luz, y, serena y brillante con la hora y el lugar, de un arranque espontáneo elevábase hasta Dios. Todo terminaba en Él así como todo comienza, y mi corazon sosegado se perdía en su inmensidad.

¡De esta suerte pasaba sin notarlo todo un largo día de verano, desde el alba hasta el crepúsculo, sin que la menor cosa íntima, exterior, me indicara la marcha del tiempo, sin conocer la hora sino por el sol que cambiaba de horizonte, por la luz que palidecía en mi libro ó en mis ojos, ó por el relente que humedecía los cálices de las flores; porque un día tan largo no era para mí sino una hora de delicias!

Pues bien, este dulce estío que toca ya á su fin, no ha durado para mí más que uno de esos hermosos días: sólo que no veo ya esas vagas imágenes que el alma vacía atrae y colora de nubes, esas lágrimas del instinto que sentía agolparse á mis ojos, sin adivinar quién las hacia brotar; todo eso se ha desvanecido como una niebla del alma absorbida en la llama de un rayo más poderoso. ¡Ah! Bástame ahora leer en un corazon, ver cuál se abren en él sentimientos en flor, estudiar su alma en cada impresion que cada hora engendra en ella, y verme en él reproducido por completo, contemplar otro yo, aunque seis años más jóven, con facciones más candorosas, más dulces, más seductoras, con ese ingenuo asombro que produce al pronto cualquier cosa en el alma apenas nacida á la vida, con la limpidez del

agua en ese estanque en el cual no ha caído todavía ninguna rama seca.

Así es que ya no leo. ¿Yo leer? ¿Qué poema puede equivaler á la voz de lo que se ama? ¿Qué historia conmovedora sería capaz de apoderarse de mi corazón en una ficción igual á mi presente ventura? ¿Qué versos valdrian para mí lo que su alma? ¿Qué página disputaría á mis ojos su rostro encantador, cuando ocultándolo entre sus blondos cabellos, lo tiñe la amistad de vivo rubor como otros se ruborizan de amor, y para esconder esta vergüenza pueril, me abraza descansando la frente sobre mi pecho?

Así es que desde que un corazón palpita al fin sobre el mío, todos mis instintos son puros y me guían al bien; mi alma, que con frecuencia llega á secarse en la oración, flota ahora siempre en oleadas de luz, y me presta calor en sus ojos tal claridad, es tan melodioso para mí el timbre de su voz, irradia tan divinos destellos ese candoroso rostro, que el esplendor de Dios me circunda noche y día. ¿Quién puede negar la luz al recibir un resplandor de las alturas? ¡Ah! ¡Cuánta verdad se encierra en un rayo de amor! ¡Cómo me conmueve su acento cuando ruega á Dios! Parece que el Señor me escucha mejor por su boca.

15 de Octubre de 1794.

Los únicos sucesos que interrumpen la monotonía de nuestra soledad son el cielo más clemente ó la estación más ruda, la flor que tarda más en abrirse en las hendiduras de la roca, un ave roja y azul que viene á posarse en el roble y prepara un abrigo para su familia, el águila que ha roto el cascarrón, alguna lucha trabada en el lago entre el halcón y el cisne, de cuyas resultas vuelan por los aires ensangrentadas plumas; bandadas de negros cuervos que se reúnen á sus propios gritos haciendo temblar el ramaje seco con la agitación de sus alas de azabache; la cierva que empieza á echar su largo pelaje de invierno; una aurora de fuego que cruza de noche los aires: tales son nuestras únicas distracciones aquí abajo; pero nuestra alma es un mundo completo en el que se desarrolla un gran drama, que siempre es el mismo, pero que se renueva sin cesar, porque la amistad es bastante para variar su argumento, con nuestros coloquios continuos, las quejas fugitivas, las vagas perspectivas del dudoso porvenir, los planes que forjamos de pasar juntos la vida y labrarnos un mismo destino, esta fraternidad de dos seres en uno, la esperanza de abrigarnos bajo un mismo techo, de estar animados de un solo pensamiento en la tierra, y, pareja solitaria, atravesarla sin mezclar con ella nuestros corazones, como una pareja de avecillas cuyo albergue está en otra parte.

Cuando por casualidad insisto en trazar estos planes para lo futuro, Laurencio me presta ménos atencion, el porvenir le contrista, como si presagiara mal de él, y estuviera siempre temiendo que huya el presente. ¡Oh! ¡Es que un corazon juvenil se recrea en lo presente; es que una gota acercada á sus labios es un mar de júbilo! ¡Tambien la mosca se enoja y huye, cuando el dedo disipa sobre la flor la perla que bebe!

.....

1.º de Noviembre de 1794.

El dulce soplo del cálido viento del mediodía barria esta noche la cumbre templada de nuestros montes: ¡cuán triste y tierno es el suspiro que este viento nos trae, postrer beso de despedida de una estacion muerta! El cielò estaba sereno y profundo como un mar, y en sus profundidades iban encendiendo los focos de soles de plateadas luces, como la hoguera del pastor brilla de noche en las colinas: la luna resplandecia sobre un pico como un témpano y rielaba en las aguas del lago á modo de blanco escalofrío: los esqueletos de los robles despojados de sus pobladas copas erguian sus largas ramas desnudas; las hojas, que las sacudidas del viento hacian rodar, ondulaban á nuestros piés cual movedizo pantano, y el ramaje seco crujía en el suelo como las osamentas que un sepulturero desentierra.

Al oir esos chasquidos sordos de las cimas, esos estruendos de las tempestades, se nos encogia el corazon á pesar nuestro, y nos acercábamos paso á paso y silenciosos á la roca en que yacia el padre de Laurencio. Cuando estuvimos junto á ella, no sé qué



Me condujo al pié de la tumba de su padre.

idea salió de aquella tumba y cruzó por mi mente: —Pobre Laurencio, dije; al privarte Dios de tu padre, hizo que en mí solo hallases de nuevo padre y madre; mientras yo viva, todò el amor que te tenían, aumentado con el mio, se cierne sobre tí, ro-

deándote en mí; pero ¿y si Dios, llamando al único ser que te ama, te arrebatara tu amigo?... ¿Y si yo muriese? ¿Qué sería de tí?

—¿Qué sería de mí? ¿Y te atreves á preguntármelo? ¡Oh! ¡Si tú llegases á morir!...

Y tapándome la boca con irritada mano, me condujo sin responder al pié de la tumba de su padre:

—Él me puso en tus brazos como sagrado depósito, exclamó: tú estás en el deber de devolvérselo allá arriba: él vela desde el cielo por tu doble existencia, y yo creo en tu apoyo como creo en su providencia. Pero al creer en el Dios que tu voz me da á conocer, ¡ah! ten por seguro que en quien creo es en tí; y si destruyera al destruirte su imagen más sensible, si yo dejara de ver su cielo en tu rostro, si no iluminase ya mi corazón con tu mirada, entonces, tan sólo creería en la desventura, en el azar, y muriendo á mi vez, iría á interrogarle, para saber si en la otra vida se duerme ó se ama!

Y como si se recobraba de su pasajero extravío, añadió:

—Perdóname; conozco que me he excedido, y que tal vez he pronunciado palabras ofensivas á Dios; pero la muerte ¿no es una ausencia eterna? Si me amases de veras, no me hablarías de ella. ¡Tu muerte! ¡la mía! ¡oh! ¡jamás pienso en ello!

Y luego separándose de mí bruscamente como si quisiera alejar una idea de su imaginación, corrió

hasta el borde de un abismo sin fondo donde había dos peñas encorvadas como el arco de un puente, las cuales, dejando entre sí un inmenso vacío, cubrían toda una ensenada del lago que mugía á sus piés: una vez allí, tomó impulso como para arrojarse en él y le cruzó de un salto que me heló de espanto.

—¡Ah! Te estremeces, dijo con risa extraña: ¡mejor! ¡me has hablado de la muerte, y me vengo!

Quise reñirle, pero había huido ya. ¿Qué lívido relámpago ha brillado en el corazón de ese niño? ¡Cuánto amor y espanto infunde esa alma profunda en los ojos que la contemplan! ¡Y cómo se necesita precaverse de ella!

6 de Noviembre de 1794.

Háse presentado ya aquí el precoz invierno. Por do quiera se ve extendido el blanco sudario de la tierra: los vientos amontonan sobre nosotros colinas de nieve: ¡oh! ¡bien haya de la roca cuyo antro nos protege! Porque fuera del oscuro abrigo que oculta nuestro destierro no podríamos dar un paso sin arrosar grandes peligros.

No se distinguen ya los valles de sus cumbres, los torrentes de sus orillas, los picos de sus abismos; el diluvio ha cubierto con un océano helado las gargantas y las cimas, todo está nivelado, y los vientos,

revolviendo las nevadas superficies, hacen que todas las noches cambien las colinas de sitio: hasta la cierva tiembla, no se aparta de nosotros y vacila en andar por la falaz llanura. El arco que pone en comunicacion estos montes con el valle ha quedado cegado por una enorme avalancha, y nos tendrá encerrados, como en una isla inaccesible á la vista, hasta que lleguen meses lluviosos.

¡Oh! ¡Cuánto amo estos meses durante los cuales el corazon se caldea y se concentra en sí mismo como esta tierra, y recoge su sávia en esta especie de muerte para manar con más abundancia y fuerza al llegar la primavera! ¡Con cuánta voluptuosidad se repliega durante ellos el alma, rodeándose de paz y de melancolía, mezclando hasta con la dicha un no sé qué de amargo que realza su gusto como la sal marina, goza sintiéndose amar, pensar y vivir, en tanto que todo tiembla y muere bajo la nieve, y se circunda á su albedrío, en estos dias sin sol, de sus más predilectos ensueños como si se preparara á adormecerse!

.....

7 de Diciembre de 1794.

¡El rayo ha rasgado el velo de mi alma! ¡Ese niño, ese amigo, Laurencio, es una mujer!.... ¡Esta ciega amistad no era otra cosa sino insensato amor! ¡Som-

bra de estas rocas, ocultad mi vergüenza á la luz del dia!....

.....

.....

La misma fecha, á las once de la noche.

Duerme: no tiene ya tan oprimido el pecho; la calentura extravía su mente, haciéndola prorumpir en incoherentes frases: «¡Mi padre! ¡Jocelyn! ¿dónde están? ¡Muertos!!» Sus piés quieren correr: ¡oh, duerme, pobre criatura, duerme! Jocelyn vive aún para devolverte la vida; más ¡ay! ya la recobres ó la pierdas, él vive con el alma pendiente entre dos desventuras: ¡muerto para tí si vives! ¡moribundo si mueres!

.....

La misma fecha, á media noche.

La noche ha deparado su calma á su adormecida frente: sus piés están ménos helados entre mis manos! ¡Qué velada, y qué dia, y qué noche, y mañana, y siempre! ¡Qué reposo y qué despertar! ¡qué noches y qué dias! ¡Habré estado un año entero soñando entre estas sombras! ¡Mi corazon fluctúa incierto como en un mar proceloso, no pudiendo tocar el fondo ni ver la orilla, entre la desesperacion, ó el crimen, ó la

muerte! ¡Ah! ¡Recojamos un poco mi mente que se extravía! Del día de ayer á esta noche me separa un siglo. Reunamos nuestros recuerdos; sepamos al ménos representarnos la horrenda sima que hemos atravesado en un instante; describamos una á una todas las circunstancias del día fatal que de un solo golpe ha roto dos existencias: marquemos la hora en que Dios me ha precipitado desde la cúspide de mi felicidad en un abismo sin fondo!

Los rayos matinales, colorados por la nieve, brillaban como cebo puesto en un lazo para las aves: el aire ambiente y puro parecía más benigno; algunos pájaros se posaban en la nieve endurecida. Aquel día de muerte tenía el esplendor de uno de fiesta, y la cierva impaciente alargaba al viento su cabeza. Yo me sentí ganso de tomar vuelo á mi vez: Laurencio dormía aún en su lecho de musgo: la cierva, que se acuesta de noche á sus piés, no osaba levantarse por temor de despertarlo, y mirándome salir con inquieto ademán, parecía recomendarme la prudencia como si tuviera algun presentimiento.

Salí. La montaña me deslumbró: todo el horizonte congelado irradiaba intensísima claridad; de cada átomo de aire destellaba un fulgor. Aventuréme á dar algunos pasos; sólo pisaba nieve, la cual crujía bajo mis plantas como un pedazo de cristal que se aplasta con los piés. Me estremecí de placer y seguí adelante: mis sentidos tenían imperiosa necesidad de

movimiento y de aire. Corrí hasta el puente formado por la avalancha, atravesé el barranco sobre aquella blanca costra cuya bóveda temblaba y mugía bajo mis piés, ocultándome las aguas que bramaban más abajo. Quise aprovechar aquel arco helado para descender de dos saltos hasta el valle, y ver si el pastor habria acudido á llevar algo al depósito convenido. Sólo encontré allí estas palabras: «¡Guardaos de bajar!» palabras dictadas por su caridad.

Volví á subir presuroso, cuando ya se habia empañado el cielo matinal, asemejándose á una bóveda de estaño, apagando el día que pugnaba por asomar y trayendo de nuevo la noche una hora despues de haber despuntado el alba: el viento, que parecía encerrado entre brumas, las agitaba como oleadas de un pesado mar; á veces, al chocar entre sí las tempestuosas nubes, resonaba un fragor parecido á un cañonazo disparado en el cielo, y aún cuando retumbaba á gran altura, la montaña lo presentia sin duda, y sus vastas ramificaciones de granito y de mármol crujían y se retorcian como los brazos de un árbol.

Yo veía que la montaña despedía humo por mil puntos, y estos vapores ablandaban la corteza de nieve: mis piés no encontraban ya un camino sólido, sino que, pesados y sin apoyo en aquel terreno movedizo, á cada paso que daban iban hundiéndose más. Eché á correr temeroso de que la nieve derretida hiciese que se derrumbara el puente de hielo

suspendido antes de llegar yo al otro borde del barranco. ¡Ah! ¡Antes hubiera preferido millones de muertes! ¿Qué sería lejos de mí del único ser que me esperaba?... ¡Ah! ¡Tal vez habría valido más! Dios no lo permitió; en el momento supremo en que el puente se precipitaba en el espumante abismo, en que la avalancha reducida á polvo, hundiendo su enorme masa se deshacía como fragmentos de ruinoso montaña, atravesé de un solo impulso la sima y el arco; mas apenas puse el pié en la orilla opuesta, cuando se desencadena el huracan, haciendo volar al fondo desde todas las crestas la espuma de las tempestades; las lanza reducidas á polvo, en oleadas inmensas, arremolinadas; ciega el estrecho barranco con sus peñascos ondulantes, amontonándolos hasta la boca del puente: y el estribo de granito vacila bajo tan enorme masa, se precipita y rueda, dejándonos en estas negras cumbres separados para siempre de la mansion de los vivos.

Procuré aferrarme con las manos á los ángulos del barranco, que temblaban como un promontorio que el mar desarraiga: la roca cóncava y hueca me guardaba, y sus rebordes preservaban mi cuerpo del choque del alud. Abracéme á aquel punto de apoyo, mientras la tormenta se acelera, adquiere cuerpo con sus propios destrozos, y pasa sobre mi cabeza con sus vientos, sus oleadas y su piélagos de brumas que flotaban en su caos. Allí, perdido el aliento y parali-

zada la mente, cual hoja seca balanceada en la rama, aguardaba que la nieve, amontonando sus capas, me hubiera sepultado vivo bajo su helado sudario; desde mi refugio veía cómo se desarrollaban á lo lejos, al soplo de impetuosas ráfagas, las colosales oleadas, cómo abrían altos surcos que se desmoronaban en sus flancos, cómo aglomeraban sobre las cumbres otras cumbres blancas, cómo chocaban, se rompían, se hundían silenciosas, ó brotaban cual inmenso haz hasta el tenebroso cielo, girando á modo de nube para caer en seguida; y cada vez que la oleada al despeñarse me hundía bajo su peso, con piés y manos aplastaba el polvo para arrancarme al abismo y tornar á ver la luz, y retardando así el fatal instante, levantaba un nuevo pedestal contra la roca.

¡Oh! Cuando alguna claridad me devolvía la perdida esperanza, ¡cómo bendecía á Dios por estar allí sin Laurencio, sabiendo que mi amigo, dormido aún en la gruta, se hallaba al abrigo de la muerte con la que á la sazón luchaba yo! ¿Qué lejos estaba de figurarme que su cariño hacía mí le había precipitado también en tan inminente peligro! Y sin embargo, en medio de aquel caos de ruidos, de movimientos, á través de los embates, de los golpes y de los bramidos, y entre una pausa y un silencio aterrador, parecióme oír dos veces gritos agudos mezclados con los gritos del viento, aunque apagados

por la distancia; creí percibir mi nombre pronunciado entre espirantes sollozos. Estremecióse mi corazón... Pero no, ¡era imposible! ¡El mismo ángel de Dios no hubiera osado pasar con sus alas de fuego al través de la horrible lucha de la nieve y el viento que pugnaba por amontonarla!

Ignoro cuánto tiempo duró esta agonía: una hora es de infinita duración cuando la muerte la mide, y para medir la hora y contar los momentos, sólo disponía yo de los pesados latidos de mi corazón.

Por fin el huracán cedió; la luz tiñó las nubes, y su claridad me permitió ver parajes desconocidos; un soplo agudísimo del viento norte, que circulaba como un escalofrío, endureció la polvorienta nieve y convirtió la lluvia en hielo: helados los movedizos abismos al contacto de aquel hálito glacial, trasformáronse en sólida llanura; la esplendorosa luz del sol me sirvió para orientarme, y me precipité en la cueva jadeante y gritando: «¡Laurencio!» ¡Tan sólo el eco me respondió! ¡Mi corazón petrificado quedóse horriblemente sumido en aquel silencio!

De pronto me asalta una idea horrorosa: ¡ha desafiado la muerte por salvar á su amigo! Lánzome al punto fuera de la cueva vacía: busco en la nieve una huella, una arruga: llamo, nada contesta. Sigo andando al azar: hubiera deseado sondear el espacio de una sola ojeada, mientras mi oído aguardaba la

respuesta á mis gritos, como un reo que espera su sentencia: y entre aquel espantoso silencio y el eco de mi voz, mi corazón murió cien veces en un solo latido.

Caí, en el momento en que la cierva, acudiendo á mis clamores, se puso á dar saltos en torno mio: me estremecí al verla; el pobre animal me lamió las manos y echó á andar, volviendo la cabeza para ver si la seguía; luego, cruzando de un salto una blanca colina, desapareció de mi vista en el fondo de un barranco. Fuí presuroso en pos de ella por el resbaladizo reborde, y sondé de una ojeada todo el precipicio; la ví volar hasta el hueco lecho del abismo por la pendiente de las peñas erizadas de agudas puntas de hielo; la ví apartar con el hocico la nieve espesa del fondo, y dejar descubierto, en su congelada fosa, el cuerpo inanimado de Laurencio!

No cruza la mente un espacio ideal con tanta rapidez como yo llegué al fondo del abismo. Allí estaba Laurencio sobre la nieve enrojecida por su pura sangre, desmayado, herido, pero conservando todavía algún calor, con los cabellos llenos de sangre y de nieve, y luchando con el estertor de la muerte. Arrojéme sobre él, le cogí, le levanté, y me lo llevé insensible y leve como un ensueño, como una madre lleva á su hijo en los brazos, sin sentir su peso ni dar un paso en falso: ¡no parecía sino que alguna fuerza interior, íntima, me hubiera ayudado á salir del abismo!

Poco despues estábamos ya al abrigo de la gruta, en donde deposité aquel cuerpo que continuaba sin movimiento: encendí fuego, acerqué á la llama los piés de Laurencio, y apoyando su frente cadavérica sobre mis rodillas, procuré volverle á la vida con mi voz, con mi aliento, con mis manos; mas ¡ay! pasé mucho tiempo sin conseguirlo! Mis labios no podian comunicar el necesario calor al aliento extinguido de su boca; le puse en mi lecho, y restañé la sangre que se congelaba en su frente. Tambien brotaba de su pecho, y los desgarrones de su manchado traje me indicaban que debia tener otras heridas en el cuerpo.

Para facilitar su respiracion y para reconocer dichas heridas rasgué con los dientes la ropa harto lenta en desabrocharse... ¡oh cielo! ¡bajo la ensangrentada camisa aparece á mis ojos un seno de mujer! ¡Mi mano retrocede helada y se nubla mi vista! ¡Mi cerebro gira y zumba y mis sienes laten sin sentimiento! ¡Ah! ¡No sé cuánto tiempo duró aquel espantoso instante!

Sin embargo, lo inminente del peligro hizo que me repusiera: la sangre, que el frio hiela en el borde de la herida, vuelve á penetrar en el pecho y parece ahogarle: ¡y no tengo nada para refrescar sus labios, nada para darle calor! Me inclino sobre aquel seno desgarrado y sin aliento, y lo caliento y contengo la sangre con mis ardorosos labios: ¡ya brota más liquido... ella recobra la vida... ve su seno descubierto, se

ruboriza, cierra los ojos... y no los ha vuelto á abrir! Apodérase el delirio de sus sentidos debilitados; la fiebre ó el dolor la hacen desvariar; increpa ó bendice, muerde ó besa mi mano, y por fin se duerme!.... ¡Oh! ¡qué sucederá cuando despierte mañana!

.....

8 de Diciembre, por la mañana.

He pasado esta interminable noche teniendo entre las mías su mano siempre helada, procurando de continuo atraer la sangre y el calor á la planta de sus piés que abrigaba sobre mi corazon, reteniendo á la cierva junto á su lecho de musgo para que el suave y sano calor de su pelo se comunicase mejor con el contacto de sus cuerpos y reanimara por grados sus miembros casi insensibles; mojando con un poco de agua entibiada á la llama del hogar su cabeza ensangrentada ó sus sienes que apenas latian; escuchando al amanecer su aliento mientras dormitaba y reteniendo el mio por temor de despertarla: luégo, cuando la postracion subsiguiente al delirio, se ha dejado conocer en la igualdad de su respiracion, he aprovechado instintivamente este momento de reposo para limpiar la sangre coagulada; he desgarrado alguna tela, y hecho una porcion de hilas para curar sus heridas;